

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. — Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

SELLOS CON LOS RETRATOS DE

ORENSE, FIGUERAS, RUZ ZORRILLA Y CASTELAR

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura. Precio de cada sello 25 céntimos. Se ponen a la venta para fines de propaganda.

Los pedidos a la administración de El Motín.

LA CONSECUENCIA

Es una virtud en política (¿quién lo duda?) Pero el hombre que no tenga otra, para bien poco sirve.

(Antes de proseguir, debo declarar que yo rindo culto a esa virtud inútil. Saquen los demás la consecuencia de mi consecuencia).

Los republicanos solemos envenenarnos de poseerla, lo cual nos honra, pero únicamente en el sentido de que con ella probamos que hemos resistido como héroes la tentación de encanallarnos durante la restauración. Fuera de esto ¿para qué nos ha servido esa virtud?

Para que hoy, al pensar que Romero Robledo pueda venir a nuestro campo, echemos las campanas a vuelo, y nos apresuramos gozosos a secundar sus iniciativas.

Triste condición la de los republicanos! Alardeamos de consecuentes y nos ufanamos de nuestro abolengo, y si el partido tuvo matiz revolucionario desde la restauración, debió a un hombre procedente de la monarquía: a Ruiz Zorrilla; y si hoy oye palabras que le confortan y le resucitan a la vida de la esperanza, débalo a un monárquico muy discutido: a Romero Robledo.

Más aún: cada vez que hemos creído llegar a alguna parte, ha sido apoyándonos en un monárquico; cuando en Salamanca, cuando en Ocasión; hoy en Borrero, mañana en López Domínguez. ¿Coi decir que hasta en Weyler...

Ni Zorrilla fué consecuente en el sentido vulgar de la palabra, ni Romero lo es tampoco. Y, no obstante, el uno dispuso ayer, y quizás mañana disponga el otro, de las masas republicanas.

¿Qué significa, pues, la virtud de la consecuencia, si no va acompañada de abnegación, energía, ó de ambición siquiera?

Significa 20 años en la oposición, sin probabilidades de salir de ella, y sufriendo persecuciones, eprobios, y, lo que es peor aún, desprecios de los monárquicos.—N.

Personas hay que agradan de lejos, y vistas de cerca, dejan de agradarnos al momento.

Todo el ruido que hace á veces un gran nombre, queda destruído con sólo la presencia del que lo lleva.

DOS PUNTOS DE VISTA

Todos, (yo en primer término) hemos combatido y despreciado á los que desde el campo de la República se fueron al de la monarquía.

Las palabras traidores, apóstatas, videntes, son las más suaves que sobre ellos hemos vomitado. El día que más veces los insultábamos, creíamos haber trabajado más y mejor por la causa.

¿Merecían ser tratados así? Indiscutiblemente. Los que abandonan á su partido en la hora de la desgracia, para medrar con el que siempre combatieron, merecen que los honrados les escupan.

Este es un punto de vista. Pero hay este otro.

Al irse con la monarquía, dejaron de engañar á los republicanos. Peor hubiera sido que, no estando dispuestos á trabajar por su causa en el terreno que las circunstancias reclamaban, permanecieran entre nosotros, introduciendo perturbaciones, creando disidencias, ahogando iniciativas y disputándose puestos, no en el peligro; en los organismos creados para satisfacer vanidades mujerieles.

Y siendo esto así, ¿no hubiera sido mejor para los republicanos que hubieran imitado á Canalejas y algunos otros, los Azcárate, los Labras, los Muros, los Soles, y, si mucho me apuran, los Salmerones y los Pi? ¿Estaríamos hoy por eso peor que estamos?

«Es que—se me dirá,—ya que no otra cosa, esos señores han mantenido el fuego sagrado de las ideas con su indiscutible consecuencia.

A lo cual contestaré yo, en nombre de todos los que se encuentran al final casi de su carrera política peor que al comenzarla: «No, eso no es verdad. Los que siguen siendo republicanos, siguen siéndolo á pesar de esos señores. Tienen el ideal tan arraigado, que no han podido arrancárselo ni las debilidades, ni las torpezas, ni las cobardías de los que han estado, y, aunque duela decirlo, están aún al frente de ellas.»—N.

OPINIONES

«En este país de mudos gracias á los fiscales y á la suspensión de garantías; en la España del último empréstito, en la que sólo se permite galear Romero Robledo, han hablado al fin los republicanos.

Ya era hora de que esos apreciables correligionarios, mudos cuando los desastres de Cavite y de Santiago, mudos cuando la paz deshonrosa de París, recobraran el uso de la palabra y dijeran cuando menos esta boca es mía.

¿Pero qué han dicho los republicanos? Pues la Unión Republicana, contestando á excitaciones que le han sido dirigidas, ha dicho... «Que no podía decir nada.»

¿Y es decir!

Ha dicho que pensó publicar un manifiesto ¡el milésimo! pero que ha desistido de ello en virtud de la suspensión de garantías en Madrid y su provincia, como si dijéramos en el universo mundo á islas adyacentes.

Ya lo sabe el gobierno; cuando quiera que aquí callen hasta los republicanos, le basta con fijar un bando suspendiendo las garantías en las esquinas de las principales calles de la villa y corte.

Como los republicanos son muy buenos chicos, dirán:—No habíamos, que viene el caso.

Es hermosísimo el ejemplo de civismo que los republicanos directores del cotario están dando.

¿Verdad, correligionarios?

Pero han dicho más todavía los republicanos directores.

Han dicho que habían pensado (pensando siempre!) publicar el manifiesto en algún periódico de provincias, pero que han renunciado á su propósito en vista de que el documento no podía ser reproducido por la prensa de gran circulación... ¿Qué lástima!

Cama al cielo efectivamente que nuestros prohombres no se puedan dar una vez más el gustazo de ver su nombre en letras de molde en los periódicos de gran circulación, ninguno de los cuales es republicano.

El día menos pensado van á decir nuestros respetables correligionarios que se callan como muertos, pues sus manifiestos no los podría publicar la Gaceta.

¿Que esto no es serio?

Tienen ustedes razón; pero es una salida de los que callan porque no saben qué decir.

Pero dejen ustedes que se aproxime la época de las elecciones, y verán cómo en los periódicos de provincias se publica todo lo que piensan los republicanos y se remueve cielo y tierra para agitar la opinión.

Nosotros somos así; incurables. Llevamos la memento en la masa de la sangre, y si abrimos la boca es para decir alguna verdad ó para pedir un acta á reserva de citarnos luego en el Parlamento como unos republicanos... digo, como unos muertos.—CEELE.

(La Autonomía, Reus.)

Con pena he leído la extraña circular que firma el señor Muro.

Se han unido á la Facción los progresistas de Esquerdo; se hizo un programa, y se pretexto de que en Madrid se hallan en suspenso las garantías constitucionales, no publica el Directorio de la Unión Nacional Republicana, ni programa ni manifiesto.

Para protestar de la suspensión de garantías, para hostilizar al gobierno, debiera haber publicado esos documentos.

¿No ha hablado en Madrid Romero Robledo? ¿No corre de mano en mano su discurso? Pues lo mismo podía haber hecho el señor Muro.

Importa hoy más que nunca hacer activa exposición de nuestras ideas y combatir sin tregua al gobierno y al régimen.—CASTROVINO.

(El Pueblo de Valencia.)

¡QUÉ VERGUENZA!

Menguado y vergonzoso será para los directores del republicanismo que un Romero Robledo, de procedencia monárquica y conservadora, sea el jefe de polo y quien encamine las masas á combatir con fuerza el actual estado de cosas. Fácil es suceda tan extraño fenómeno. A la hora presente parece que el partido republicano no existe; á lo menos no da fe de vida con actos de trascendencia y luchando á muerte contra la restauración y su hija mimada la reacción clerical.

No se comprende, sea cualesquiera el aspecto en que se examine, la inercia á que viven entregados los diputados y directores de nuestro partido. La tarea condonatoria es fácil; los partidos monárquicos han cometido todo género de faltas y de errores, con conciencia ó sin conciencia del dolo. ¿Qué se necesita, pues, para acabar con la vieja y ruinosa fortaleza de la monarquía? Faltan el empuje y la decisión de los hombres de buena voluntad. Los republicanos, aliados ó no aliados con nuestros afines, estamos obligados á la obra de destrucción monárquica y clerical. Espírar que la fortaleza se venga al suelo por los solos medios de la naturaleza, es olvidar la influencia que el hombre, por intermedio de su inteligencia y su voluntad, puede ejercer en los destinos humanos, individuales y colectivos.

El señor Romero Robledo con justicia nos apostrofó los pasados días. Su alonación necesita pronta respuesta; de lo contrario el partido republicano se fragmentará más y más, ó se dirigirá hacia Romero para que le dirija en la lucha y en el combate.

Las aguas estancadas se corrompen y siembran la muerte. La agitación y el movimiento son necesarios para la vida. Las luchas no menguan las fuerzas, las vigorizan. Si los directores no muer-

ven las inteligencias y pasiones populares, entraremos en descomposición ó iremos á parar donde se nota movimiento y ganas de luchar.

Hemos vivido durante estos últimos tiempos en la ilusión de que el partido de la Unión Nacional haría algo útil para el bien de España; nos hemos engañado. En mitad de la jornada el pánico ha ganado el espíritu de los comerciantes é industriales. No debemos esperar nada de cuanto sea ageno á nuestro partido, pero para ello y para tener una orientación fija, es preciso que habien, que se mueven, que luchan á la manera de Romero, cara á cara, frente á frente, sin dudas y sin vacilaciones, cuantos representan autoridad dentro de nuestro campo. Vergüenza, gran vergüenza para los diputados, para los miembros del directorio si después del apostrofe de Romero no se deciden á emprender rumbos de lucha y de combate.—F. LI. Pobolela.

El segundo jefe del Directorio, señor Azcárate, ha salido á vauar, como antes el señor Muro.

Quedan, pues, los destinos del partido republicano, mejor dicho, los de la Unión, en manos del secretario, hasta ahora inédito en estas luchas, señor Ruiz Beneyan.

DIOS APRIETA...

En un querido colega de provincias encuentro estas líneas:

«Higan cuanto quieran nuestros detractores y nuestros enemigos, censuren por silenciosos ó tímidos á los republicanos los que levantan su voz ahora para defender la democracia, es lo cierto que el país está atento á los movimientos del núcleo republicano, y tiene la esperanza puesta en la acción y en las determinaciones de sus directores ó de sus órganos más autorizados, por lo mismo que son los únicos libres de pecado y linpios de mancha; pero quieren que vayan á la acción por su camino regular y adecuado, por su indicada dirección, por el camino del pueblo y con el concurso del país, ya que la obra no es de clases ni de privilegios; en ella han de poner mano, han de prestar concurso y ofrecer sacrificio todos los interesados, y éstos son el pueblo republicano primero, y el país liberal, honrado y trabajador después.»

Confieso que me ha sorprendido la noticia de que el país está atento á los movimientos del núcleo republicano, (el de la última unión pactada).

No me atrevo á negarlo, pero sí á afirmar que el país presta esa atención con tanto oisimulo, que ni monárquicos ni republicanos lo advertimos. ¡Miren el camastrón del país, y cómo sabe ocultar sus impresiones! Nunca lo hubiera creído tan diplomático y reservado.

Por esa reserva y esa diplomacia, muchos, yo entre ellos, habíamos sostenido que maldito el caso que nos hacía, que para nada nos tenía en cuenta; hasta que nos despreciaba sospechábamos. No es así, y á fe que me congratulo.

Y procuraré imitar al país en lo de poner mi esperanza en la acción y en las determinaciones de Muro, Azcárate, Gil-sanz y Ruiz Beneyan, encargados de dirigirnos por el camino regular y adecuado á la acción, ocultando cuidadosamente mis deseos y mis esperanzas, como esos señores ocultan sus revolucionarios propósitos y como el país finge desdénar á los republicanos, á pesar de ser los únicos en que espera y confía.

Mucho bien me ha hecho esa noticia. Cuando más desanimado estaba, ella ha venido á infundirme vigorosos alientos. ¡Bien dicen que Dios aprieta, mas no ahoga!

«¿Qué gracia nos hacía,—dice El Crisol de Sevilla, hablando de la última procesión así perpetrada por el «suntismo»—ver desfilar con su cirio y su corazón pegado á la solapa á algunos galanes de club, demagogos arrependidos; á aquellos que, cuando dicen tan con nosotros á el comité, queñan comernos porque nos refiamos de su liberalismo, y su republicanismo y su democracia... Y hoy, tristes, ya lo van á conducir al miserable amparo de los ignominios, á la protección y al bullo de la Compañía de Jesús!»

Pues todavía son capaces de volver por casa dándose la pluncheta y echando peste contra los cras. ¡Y gente con poca vergüenza para todo!»

Si, es verdad; pero hay que convenir, por ser justo darle á cada cual lo suyo, que en estas cosas de la Iglesia los radicales arrependidos tienen menos vergüenza que los clericales de siempre. Y se explica. Para inspirar confianza, tienen que suprir con excesos de celo su falta de creencias.

Se quitan la careta

La labor de los jesuitas en Francia continúa. Habiéndose agotado el tenra Dreyfus, la emprenden contra los protestantes.

Los nacionalistas que están á sus órdenes dirigen ahora sus tiros contra la Reforma. Oigase lo que dice Maurice Barrés:

«Soy loreno. Uno de los grandes aniversarios de mi provincia es el que recuerda cada año que, en 1523, el duque Antonio cortó en pedazos á los Rastados. Si hordas

protestantes hubiesen triunfado, los destinos de la Lorena hubiéranse orientado hacia Alemania... Yo considero la matanza de los protestantes como uno de los acontecimientos más dichosos de mi vida anterior, y deseo conservar, conforme mis fuerzas me lo permitan, el beneficio de aquella victoria que permitió al árbit de que soy una hoja perseverar dentro de su ser.»

Mis lejos va todavía Gauthier Villars, al decir:

«Al demonio el espíritu protestante... Lloro los tiempos de la Escuela de Alejandría, y deseo que una guerra civil nos permita al fin pasar de la literatura á la acción; porque para sanear este país es necesario matar á tiros por lo menos á la tercera parte de nuestros electores.»

Otro escritor parisiense, exclama:

«Un objeto de combatir al protestantismo, la iglesia universal se ha puesto una máscara de liberalismo, se ha hecho dulce, débil, pusilánime, y, finalmente, ha olvidado las grandes pasadas para hacerse á la medida de lo presente.

El protestantismo no ha dado li-lo á algunos á reñir de la Santa Inquisición, la más alta, la más noble justicia que haya sido nunca practicada en nombre de Dios por la mano del hombre.»

Como se ve, el clericalismo trata de volvernos á los fraternales tiempos en que ofrecía á Dios ber-jos á la parrilla. Esto en Francia.

En España, y cual obedeciendo á la misma consigna, han comenzado á defender también la Inquisición el literato don Juan Valera y algunos otros de menor cuantía, todos ahiñados al liberalismo, algunos hasta en su matiz más radical.

Ni unos ni otros conseguirán que vuelvan aquellos ben-li-os tie-aps; pero como su intención está comidada, debemos combatirlos hoy sin tregua y exterminarlos el día que podamos, para que puedan cuan-cirse de habernos inculcado piadosas enseñanzas.

ATAVISMOS

Juan Valera... ¡Siempre Juan Valera! ¡Y qué hacerle! El ilustre papá de Pepita se ha empeñado en hacer gmir las prensas. Es mucho hombre. Primero nos recomendó que, á fin de regenerarnos, nos abstuviéramos los españoles de hacer cosa alguna ni decir esta bolsa es mía. Luego descubrió que, pues los políticos eran malos y muchos, lo mejor sería no meterse en política y dejar que esos muchos malos nos mangoneasen á su antojo. Ahora acaba de contarnos que el Santo Oficio fué una institución amplia, generosa, humanitaria, tolerante y liberal. ¿Cómo resistir á hablar algo de las genialidades de don Juan?

El purito de originalidad conduce á grandes aberraciones. Es casi tan funesto como la fuerza del consonante que obligaba al poeta de marras á decir que eran blancas las hormigas. ¿Cómo ser original diciéndolo que Dios todo el mandó? Hay una originalidad de buena ley que consiste en ver de una manera propia lo que todo el mundo ve y sacar distinción de la vulgaridad como agua de la peña, pero esa es un don del cielo á muy pocos concedido. Los más, para ser originales han de decir extravagancias. Cosa disculpable á la verdad en los muchachos que empiezan, ansiosos de notoriedad y sedientos de fama aunque sea infame. El insigne traductor de Long's, el egregio autor de Pepita Jiménez, ¿qué necesidad tiene de afirmar que los toros son una fiesta fantástica y que la Inquisición fué más liberal que el Rey, para persuadir á todos de la magnitud de su singular y peregrino ingenio?

Acaso don Juan, que no es, según su propia expresión, un espacista, rinde en esto tributo á la moda. No es la volubilidad tan voluble como la pintura. Nada hay nuevo bajo ese sol que ya comienza á hacerse viejo. Los figurines se reproducen, los muertos vuelven; y talle alto y faldita corta, miriflaque y mangas de jímón, realizan el proceso circular que asignó á la historia entera el insigne Vico. Lo mismo pasa ahora en las ideas. Lo más viejo es lo más nuevo. El jacobinismo es rancio; el monarquismo flamante. El régimen parlamentario se cae de maduro lo novísimo es la Inquisición. Danton y Robespierre usaron casaca y peluca; volvamos, pues, á la coleta de ante y al chamburgo. La Revolución francesa está más lejos de nosotros que las Cruzadas. Lutero es un vejebatorio, y Santo Tomás un megalómano. La última palabra de la elegancia consiste en ir por esas calles enseñando las extremidades abominables, á pretecto da pertenecer á cualquiera de las órdenes descalzas.

En este copiamos como en todo. A igual que el de la indumentaria femenina, el último figura intelectual nos viene de París. El corresponsal en la Ville Lumière de un periódico de gran circulación, nos daba cuenta hace poco de los escarceos atípicos de ciertos intelectuales compatriotas, aunque no lo parecían, de Montaigne y Rabelais, y panegiristas, como don Juan, del Santo Tribunal de la Fe. En esto han venido á

parar la decadencia, la delirioscencia y aquel extravagante satanismo, que es una especie de misticismo vuelto del revés. ¡Don Juan delirioscencia! ¡Qué había de augurar tal fin á tan castizo ingenio! Racional era creerle, por lo mucho que tiene de Voltaire, libre de la sugestión de Montaigne. Ahora es de temer que acabe su vida en un convento, entregado á la contemplación y á la penitencia, como lo ha hecho el ex naturalista Huyssman, metido á fraile después de haber dado al mundo en la Catedral una especie de lata en enigma ó de enigma en lata. Siempre temí que aquellos misticismos de Doña Luz no habían de conducir á nada bueno.

Ser á la vez literato y pensador es cosa rara. Quizá lo uno no va bien con lo otro, ó tal vez, y sin duda es lo más cierto, consiste la rareza en que, siendo ya de suyo excepcional el tener gran fantasía ó gran pensamiento, mucho más ha de serlo el reunir en uno ambas cualidades. Acaso sea Gaithe el único que las posea lo por igual en grado eminente. Suele ser en los mas asombrosos el contraste entre las maravillas de la imaginación y las deficiencias de la lógica. El gran Balzac parece teorizarlo poco más que un cura de aldea. Taine, tan maravilloso crítico, se muestra de una incurable pobreza cuando dogmatiza. Zola, que toma hech su filosofía del positivismo, es discursivo superficial y falto de horizontes. ¡Qué más! El inmenso Tolstói, el inspirado, el evangélico, el escritor para quien la literatura no es otra cosa que instrumento de apostolado, aparece al filósofo vago, difuso, contradictorio y no muy respetuoso del sano sentido común. Como se ve, nuestro don Juan va, como mi pensador y buen literato, en excelente compañía.

Las curiosas estas apologías nuevas de las cosas viejas. Para defenderlas tienen que desnaturalizarlas. No se dice hoy que la Inquisición preservaba de la herejía, mantenía la pureza de la ortodoxia y evitaba el contagio de las almas. Se dice que no fué tan opresor como cuentan. Si que-maba á los disidentes, no lo hacía por intolerancia, sino por puro amor al arte. Ello es que por entonces hubo muchísima libertad de pensamiento. Tendría que ver la cara que pondrían Torquemada y Acuña viéndose defendidos de este modo.

Utile dulci: la máxima del preceptista latino es susceptible de una nueva aplicación, á saber: las cosas dulces para el que las oye son útiles para el que las dice. La persona culta á la que arrastra á su pesar la atención al espectáculo nacional, siente, entregándose á su pasión, el resquemor de su cultura y se extasió oyendo á un hombre de entendimiento llamar filantrópicas á las corbadas. Para las tres cuartas partes de los españoles rehabilitar la Inquisición es restaurar una gloria nacional. No en vano es don Juan el padre de Juvenita la Larga. Sólo que para emplear una expresión del propio cosechero, acaso se pasa de listo. Todos los que quieten congregarse con la reacción, adolecen del mismo mal. En teo-racía es implacable. Si la Inquisición volviera, ¡pobre don Juan!

No volverá. No somos los modernos bastante liberales para restaurar el Santo Oficio. Aunque la reacción tuviese mimbres y tiempo, sus secundo medicinales se parecerían al auténtico como Omelette y Ricine se parecen á Equilo y Sófoeles, ó como se parecen á las Cruzadas la expedición á China. Si resucitan los nombres, no los muertos. Por este género de apologías, sobre oscurecer y desfigurar la historia, privando así á la vida de las lecciones de su maestra, contribuyen á fomentar la regresión atávica á que está inclinado aquí el espíritu nacional. Siempre hay que tener para España la suerte de la tan sobada señora de Loth.

ALFREDO CALDERÓN

Los hipócritas y los tontos se hacen dragones de la virtud, y reparten sobre la mujer pecadora el veneno de la envidia.

Los verdaderos virtuosos, no sólo se callan, sino que la disculpan. La honradez, cuando no es ni fingida, ni estudiada, hace á los hombres indulgentes. No son ciertamente las mujeres impecables las que acusan á las demás.

DESALIENTO

Ha llegado todo en España á un extremo tal de podredumbre y descomposición, que no hay nada, absolutamente nada hacia donde se vuelva la vista que no haya necesidad de apartarla con repugnancia.

Contemplado la situación general del país y el estado en que se hallan todos los organismos que constituyen su vida política y social, no se puede por menos que caer en un hondo y desconsolador pesimismo, que ahuyenta del corazón y de la mente todo sentimiento y toda idea de entusiasmo y de esperanza.

Nada hay que agote más la vida y consuma las energías, que la lucha constante y sin treguas, persiguiendo un ideal que se ve cada día más lejano, más irrealizable, más imposible.

Y esto les ocurre á los que luchan y trabajan por la salvación de este país, que por

todas partes ofrece el mismo triste espectáculo.

Mírase arriba, y se ve la arbitrariedad, la impudicia y el cinismo entronizados; al centro, y se contempla la indiferencia, el egoísmo, la avaricia y la hipocresía dominándolo todo; abajo, y se advierte la inercia, el abatimiento, la abyección y la miseria extendiéndose por todas partes.

Se le dice al gobierno: «Que te extralimitas en tu poder, que abusas de tu fuerza, que conculcas el derecho, que atropellas la justicia.» Y contesta: «Silencio esos perturbadores; á la cárcel, á presidio con ellos! Dispongo de la fuerza coercitiva, represento la autoridad y no consiento que nadie chiste. ¡Silencio y aguantarse!»

Se le advierte á la Iglesia: «Que te olvidas de tu misión, que te inmiscuyes en asuntos temporales que no son de tu ministerio, que perturbas las conciencias, que Cristo dijo, que los Santos Padres escribieron, que el Evangelio preceptúa...» Y contesta: «¡Callen esos impíos! El dogma, el Papa, el poder espiritual... A ver... ¡sorcorro! ¡auxilio! ¡que peregrinos todos!» — le grita al poder civil. Este se los presta y... ¡callar! ¡silencio!

Se le dice al industrial, al agricultor, al comerciante: «Que te agobias á tributos, que se dilapida el caudal que entregas al fisco, que te haces odioso porque adulteras y mermas los géneros.» Y responden: «Bueno: mientras haya consumidores, masa incoherente que pague los recargos con que yo me resazo de aquellas exacciones, mientras se me toleren las distracciones en el peso y la medida y no haya muchos escrúpulos respecto á la calidad... ¡Bueno val!»

Se le dice al operario, al obrero: «Oye: trabajas demasiadas horas, comes mal, vives peor; el patrón, á quien tú con tu trabajo le produces diez ó doce pesetas diarias de utilidad, te paga con un jornal de siete ó ocho reales, te obliga á que le llames amo, á que le estés sumiso, y puede tenerse seis, diez, veinte años á su servicio, mientras eres útil, fuerte y robusto, y luego, cuando has contribuido á la formación de una buena parte de su capital, te puede poner en la calle sin más elementos de existencia que tus brazos extenuados por el trabajo y los años, y sin más porvenir que el asilo denigrante ó el hospital inhumano.» Y contestan: «¡Paciencia! ¿Qué hemos de hacerle? Siempre ha sido así...»

Se le grita al campesino, al bracero: «Tú produces montes de trigo que se convierte en pan y en dinero que tú no comes ni llega á tus manos, roturas la tierra dura con la escarcha y abrasante con el calor que tú riegas y fecundizas con la sangre de tus venas transformada en sudor, y ni un palmo de ella te pertenece; pero en cambio aquel que á la caída de la tarde, cuando el sol no molesta, se presenta cómodamente caballero en rozagante mula á inspeccionar tus trabajos, que ni ara, ni cava, ni sufre los rigores de las estaciones, la posee por kilómetros, por leguas, está ahito de pan y de dinero. ¿Es justo eso? ¿Te parece bien?» Y responden: «¡Qué remedio!... El mundo está así... Siempre hubo y habrá pobres y ricos...»

Y así todo. Antes de llegar á los tiempos actuales en que juntamente se han perdido las energías y la dignidad, podían fundarse las esperanzas en algo que, llamárase partido político, aspiración social, agrupación de tal clase, fuerza de opinión, ó lo que fuera, se conservaba sano é inmune en medio de la podredumbre que corroía los demás organismos; algo en que se reconocía una virtud, una fuerza, una palanca en que apoyarse para remover la mole aplastante de esta teocracia que durante tanto tiempo viene pesando sobre la nación.

Pero ahora ¿en dónde fijar la mirada? ¿En dónde poner las esperanzas? ¿En la política? En medio de este caos por el cual los partidos del régimen vigente llevan en carrera vertiginosa, dando tumbos, á España á la disolución, ¿se ve alguna agrupación política que tenga fuerza y prestigio para oponerse y regular la marcha encauzándola por derroteros fijos? ¿En el pueblo? No puede confiarse en que una fuerza de opinión se manifieste y surja de este estado de decaimiento mortal que se ha apoderado del ánimo del país.

Desgraciadamente, por más que se mira y se observa, no se descubre nada por parte alguna que venga á alentar á los pocos que, conservando aún la fe y la esperanza que avivan las energías para la lucha, ven con pena cómo sus fuerzas físicas decaen en esta labor que, hecha aislada y personalmente, resulta ruda y aniquiladora.

El día en que, desesperanzados del todo, aniquilados por completo los pocos que aun mantienen viva la protesta, caigan en la brecha destrozados moral y físicamente, más que por los golpes del enemigo á quien combaten, por la indiferencia, la deserción y el abandono de aquellos á quienes defienden, se habrán logrado por completo las aspiraciones y deseos de la teocracia imperante, y el pueblo habrá dado la última y definitiva prueba de su innata inconsciencia y de su incurable estupidez.

JOSÉ CINTORA

REPUBLICANOS DE PEGA

Verdades amargas que recoge de otro periódico *El Demócrata* de Jerez:

«Si los republicanos tuvieran fe en las ideas y las sintieran siquiera el diez por mil de las que se lo llaman, tengo el convencimiento profundo que España estaría constituida en República hace muchos años. Pero no, no puede ser, y me aventuro á decir más, no debe ser, mientras sigamos como estamos.»

A lo que *El Demócrata* pone este comentario:

«Tiene razón que le sobra. Hay muchos que se han llamado republicanos mientras creyeron cercano el momento del triunfo y creyeron que podrían pescar alguna ventaja en la República. Después se han metido en su concha, y el que no ha renegado apenas se llama Pedro.»

Y esos, que no aman la República por la pureza de sus ideales sino por lo que les pudiera producir, son hoy los principales obstáculos para su advenimiento.

Aquí venimos hace unos cuantos meses excitando á los demócratas de todas clases á que se unan y concierten, y todo ha sido predicar en desierto.

Pues estamos seguros que si llegara la hora del triunfo, todos esos que no acuden se presentarían sin llamarlos nadie, enseñando su hoja de méritos.»

Ha sonado, por lo visto, la hora de que cada republicano diga lo que piensa.

Me preparo á escuchar grandes verdades, á parte de las que yo diga por mi cuenta allá para Octubre, si esto no toma otro rumbo.

Realmente sería ya una imbecilidad y una falta de honradez el continuar ya callando.

ES VERDAD, PERO...

Un querido amigo de Sevilla que ha sacrificado por la República libertad, reposo y fortuna, me escribe:

«Tengo el disgusto de devolver á usted tres de los cua los grupos de sellos que me envié, pues á pesar de cuanto he hecho no he logrado vender más que uno, que no me han pagado, y cuyo importe remitiré á usted cuando me lo den.»

Aquí y en toda España son los años los justos. Toda la propaganda que usted haga y los demás, resultará tonta. Aquí no hay hombres capaces de reventar á curas, frailes, etc.

España no es que se muera, es que ya murió, rolda, comida por el clericalismo. Y lo peor es que si esta inmundicia á usted y á mí y á otros nos da náuseas, á casi todos los españoles les da náuseas.

¡Bestia de mí, que me he reventado por ayudar á dar libertad y dignidad á esta raza de esclavos! ¡República estos mulos, nietos de frailes y de baraganas! El látigo del capataz es lo que merecen. ¡Pálale usted al diablo que vengan pronto los ingleses, á ver si entonces se puede vivir en este aduar.»

En algunos instantes pienso, como ese amigo, que hacemos el oso los que nos empeñamos en desasnar á los que les gusta ser burros, y en redimir á los que gozan siendo esclavos.

Afortunadamente pasan pronto esos instantes, y vuelvo á mi afanismo: «Precisamente por ser burros y esclavos, necesitan de nosotros.»

Y prosigo en mi labor, mal apreciada y peor agradecida, pero que me deja contento de mí mismo. Si tuviera un papá allá arriba, como lo tuvo Cristo, ahora exclamaría: «¡Iniminales, S. Iur, que non muy zopencos.» Pero como no lo tengo...

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.— 15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á *El Motín* á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Un periódico cerca de Monforte suelta una cox á *El Motín*.

Está en su derecho; obra como quien es; cumple su misión.

Como yo con la mía al decirle:

«¡Eh, animal, á la cuadril! Si yo perteneciera á tu especie, te acometería con la misma arma. Pero me está vedado por la Natural-za, que me hizo hombre, para diferenciarme de ti, ilustre descendiente de aquel cuya quijada engrinó contra Abel su hermanito mayor.»

Con: que ¡jarre allá!»

La voz de la justicia

Ha salido de labios del diputado socialista Mr. Marcel Sembat, que ha dicho en la Cámara francesa tratando la cuestión de China:

Mr. Sembat: «La situación de los ministros en P. kin es de las más peligrosas, pero ni extraña ni imprevista. Después de haber impuesto á China una serie de sacrificios, después de la anéxión brutal de una parte de su territorio por Alemania, todo el mundo debía comprender que la situación degeneraba en conflicto y que enviar ministros europeos á P. kin era enviarlos cerca de un barril de pólvora. La explosión era inevitable.»

«Tratemos de evitar el sentimiento de odlera explicable que podamos sentir respecto de la ferocidad pasada y de la ferocidad futura de la población china. Tenemos nuestra parte de responsabilidad y muy grande. El primer contacto de la Europa con la China ha tenido ese motivo infame de forzarlos á comprar opio, á envenenarse con opio. ¿Qué haríamos, señores, si una nación que pretendiera ser más civilizada que nosotros quisiera imponernos el consumo obligatorio de la absint?»

«La Europa envenenadora que impone su opio á la China y en seguida le vende fusiles y cañones, ¿tiene derecho á asombrarse de los horrores que prepara?»

«La situación presente tiene además otras causas permanentes, y son el odioso empeño de cris-

tianizar á los chinos, que no son siquiera un pueblo salvaje, sino un pueblo con una civilización más antigua que la nuestra.

«Los misioneros, los misioneros verdaderos autores de la rebelión de los boxers. Y es un reprobo que la revolucionaria y laica Francia los proteja. La famosa fórmula de Gambetta, que el anticlericalismo no es un artículo de exportación, constituye á la vez una hipocresía y una betise. Un gobierno no puede y no debe exportar más que la política que tenga; el despoisismo religioso exportará Inquisición; una República los derechos del hombre. Y entre estos derechos, el más elemental es que cada pueblo crea lo que le dé la gana. ¿En nombre de qué principio de justicia se puede obligar á los chinos á abrazar á Cristo y abandonar á Buda? ¿En nombre acaso de la bandera inquisitorial, de la maza de la Saint Barthelemy? ¿Es ese el progreso que llevamos al Extremo Oriente? Si hay misioneros que quieran predicar el cristianismo, dejados en su propaganda, pero sin que el gobierno les ayude ni derrame sangre por ellos.»

(La Cámara iba animándose. La derecha estaba escandalizada, el centro protestaba, la izquierda aplaudía.)

Mr. Sembat: «Entiendo que es muy noble el acto de un hombre que va con riesgo de la vida á propagar su doctrina. Lo respeto tanto como respeto á Angiolillo...»

El presidente: «¿No se puede oír en la tribuna francesa. Llamo al orden á S. S.» (Aplausos en la derecha reaccionaria.)

Mr. Sembat: «Yo creía que la Cámara reconociera que los que se juegan la vida por un ideal son todos mártires, cualesquiera que sean sus convicciones. Atacar á un misionero y no admitir á un anarquista, es un contrasentido. Al primero le ejecutan los boxers, al segundo la justicia de España.» (Aplausos en la extrema izquierda.)

El presidente: «Yo no toleraré que se haga desde esta tribuna la apología del asesinato.» (Aplausos.)

Mr. Sembat: «Hay asesinatos que son revanchas cuando responden á otros crímenes.»

El presidente: «La Cámara os ha impuesto su correctivo con sus protestas.»

Mr. Sembat: «La Cámara disiente de mí en una porción de cuestiones, lo cual es un gran honor para mí y para el partido socialista.»

Y tras de este incidente el enérgico diputado continúa desarrollando sus teorías. El misionero forzando la conciencia, el mercader explotando la bolsa, son los verdaderos culpables del sangriento conflicto del Extremo Oriente.

Mr. Sembat: «Es necesario que el gobierno declare desde esta tribuna que á la hora presente la misión de Francia es decirle á las demás potencias, que los intereses comerciales é industriales deben desaparecer ante los intereses de la humanidad; que ya es tiempo de limitar la invasión de China por los capitalistas de Europa, so pena de un hundimiento terrible para todos. (Aplausos en la extrema izquierda.)»

«La primera obligación de Europa es respetar la nacionalidad China. Si vosotros hacéis un culto de la patria, ¿por qué no la han de hacer ellos? ¿Qué diréis si á pretexto de que Lourdes es un atentado á la razón, viciérais á intervenir?»

«Si Europa tuviera que optar entre el mantenimiento de los derechos conquistados á cañonazos y el establecimiento de una paz si no durable, al menos de un *modus vivendi* aceptable, creo que Francia debía antes renunciar á tal cual tratado de concesión de un ferrocarril, que arriesgarse á pasar el Extremo Oriente y tal vez Europa á sangre y fuego. (Aplausos ruidosos que salen de los mismos bancos.)»

Descarga en el pueblo de Bonafogos una terrible tormenta, cae en la Casa Capitular una chispa eléctrica, y destróyase un Cristo que había en el salón de sesiones.

Y la redacción de *El Motín*...

La salvación de España

Me he contagiado de la manía reinante, y también voy á echar mi cuarto á espaldas en esto de la regeneración.

Hay quien la hace consistir en el agua; quien en el vino; éste en que se establezca tal industria; aquél en el desarrollo de la ganadería; no faltan valientes que proponen la conquista de África para abrir un mercado á los productos que vendrán cuando tengamos canales, marina y vida fabril; ni tampoco dejan de abundar los que vinculan en la remoción, el tabaco y hasta el café la riqueza española.

He pensado en todo eso, analizando aquello que se me alcanza, y, la verdad, y sin ánimos de molestar á ningún regenerador, no veo la tostada.

Pero en cambio se me ha ocurrido una idea que considero tan infalible como todos la suya, y que voy á exponer sin entrar en muchos detalles, no sea que me la vaya á robar algún aficionado á las ideas ajenas, como el jesuita P. Martínez usurpó la máquina al sacerdote señor Cuadrado. (Véase un artículo que va en la tercera plana de este número.) La idea es esta:

Inventar, y hacer que funcione desde luego, una máquina que tengo hace tiempo entre ceja y ceja: una máquina de hacer hombres. Pero no hombres que sólo sepan comer, rezar, robar y reproducirse, como los que actualmente hay en España, sino hombres que sepan, piensen y ejecuten, enérgicos en el ejecutar, elevados en el pensar y completos en el saber; hombres sanos de cuerpo, robustos de espíritu, atletas de voluntad, rápidos en la acción cual si el hoy no tuviera una mañana; hombres, en fin, que, al ver á los que hoy bullimos, se nieguen orgullosamente á reconocernos como de su raza.

Una máquina de estas era lo único que nos salvaba.

JOSÉ NAKENS

Prudencia excesiva

El Siglo Futuro hablando de *El Imparcial*, *El Liberal* y el *Heraldo*:

«Hasta ahora habíamos visto en esos pe-

riódicos reseñas de todas las inmundicias que se exhiben en los teatros, reseñas de todas las desmanes que se ven en los bailes, reseñas de todas las porquerías que da de sí el público ante la corrupción moderna que en lenguaje liberal se llama civilización.»

A mucho obliga el santo temor de no perder suscripciones.

No es prudente contestar siempre á los zascandiles que buscan escudarlo...

Pero de esto, á consentir un día y otro que un farsante pintado y teñido los desacredite de esa manera ante la turba de beatos que leen su papel, hay una diferencia enorme.

La misma que hay de *El Imparcial* y *El Liberal* de hoy, á *El Imparcial* y *El Liberal* de ayer. Y no incluyo aquí á *El Herald*, por no haber tenido tanto tiempo para profanar su historia democrática.

SANGRE NUEVA

Eso necesita el partido republicano: sangre nueva que le robustezca, que le vigorice matando, extirpando la anemia que mina secretamente su cuerpo.

Gente nueva, corazones sencillos, nobles, henchidos de loco entusiasmo y rebosantes de vida, pechos que se ofrecen de nullos al afilado acero de nuestro principal enemigo: la reacción; brazos hercúleos, que arrullan puedan á los que anatematizan nuestra causa; sangre que se eche á volar, que levanten al tan decido republicano. Eso nos hace falta; eso buscamos, eso debemos pedir los republicanos todos...

Nuestro partido, cuerpo inmensamente grande y que contra toda ley natural subsiste y discurre con varias cabezas (aunque bastaría con que discurriera con una sola), se encuentra débil, empobrecido, anémico, y necesita sangre nueva que le reconstituya, corrientes jóvenes, plétoricas de ideas, corazones entusiastas que aún no se hayan enfriado al tacto del cruel desengaño, hombres de acción que se pongan al frente de la crisis social y saquen al enfermo cuerpo republicano de ese ostracismo que irrita, que subleva á los que, desposos de movimiento, de lucha, vemos desordenarse del árbol de la esperanza todas nuestras rosáceas ilusiones...

El engrandecimiento de los partidos, como el de los pueblos, depende exclusivamente de los movimientos que los agitan y de las corrientes de vida que los informan. Y al partido republicano precisa agitarse, moverse, sacudir su pasividad inexplicable si se quiere recobrar nuevas fuerzas, energías grandes que le salven del incurable estado de postración en que á tantos partidos hemos visto caer.

Sangre nueva que circule, incendiándose, por las comprimidas arterias del republicanismo; gente joven que luche desinteresadamente por el triunfo de nuestra causa sin pensar en los futuros laureles, y corra llena de santa abnegación á morir en la barricada sin ansiar placer mayor que el de sacrificarse peleando en aras de lo que inflama su corazón; espíritus fuertes, bien templados, juveniles, en fin, necesita el partido el hallazgo de todo progreso, aurora de toda civilización: la República.

«Movimiento es vida» — se ha dicho; — pueblo que no sacude sus opresores yugos y partido que no se agita, amenazados están de muerte. La juventud realiza todo lo grande porque ella abomina de todo lo pausado y ceremonioso. Recordad la tremebunda revolución de los Giróns, la rebeldía de Inglaterra, y la colosal, terrorífica de Francia que hizo rodar por el suelo, entre los aplausos de una multitud ebria de sangre y de justicia, la regia cabeza de Luis XVI; recordad los infinitos héroes anónimos que sucumbieron en la toma de la Bastilla y los que cayeron bajo el golpe fatal de la guillotina. Acordáos de Camille Desmoulins, de Danton, de Robespierre, de Mirabeau y de tantos otros jóvenes que desfilan lejos de entusiasmo aún, arrogantes, valientes, por las sangrientas páginas de la historia.

Esas revoluciones, esas sacudidas grandes de los pueblos, obra fueron del elemento joven. Iniciadas por héroes casi imberbes, realizáronse sin que la mole de los repletos con vida conflagrara detener el curso de la ferocidad desbordada.

De la juventud es el porvenir. Precisa, pues, atraer al campo de la República todo el elemento joven, vigoroso, amilz, para precipitar el tan soñado día del triunfo de nuestra causa.

Ya que la indiferencia parece extenderse por el cuerpo republicano; ya que el hastío parece ensordecido de aquellos corazones gigantes que un día lograron ver realizados todos sus ensueños; ya que nos vemos amenazados de desgracia una vez que no pudimos sustraernos al pernicioso influjo que esta desgraciada sociedad ejerce sobre todo lo que la rodea, fuerza es aportar nuevas energías al partido republicano, hombres de acción, que echen aunque no posean el don de la oratoria, sangre nueva.

Y en la juventud que nada teme ni por nada se arredra; en el entusiasmo de esas tropas de fresco, encontraremos, los que lamentamos nuestro abatimiento, la nueva sangre que vivifica, que presta alientos, que empuja á los pueblos hacia la revolución.

Hagamos jóvenes.

JUAN BOSCH

LA MORAL

El principio de moral justa y sólida descansa sobre la idea de reciprocidad; por lo tanto no puede darse mejor regla moral que la antigua y bien conocida máxima: «No hagas á los otros lo que no quieras te hagan á tí», completándola con esta otra: «Haz á los otros lo que quieras se te haga.» He aquí un verdadero código de virtud y de moral mejor y más completo que todo lo que pueden contener los más voluminosos tratados de ética y la quinta esencia de todos los sistemas religiosos. Los mejores guías que puedan sacarse de la conciencia, de la religión ó de la filosofía son completamente inútiles al lado de esas reglas tan sencillas como prácticas; y dichas reglas deben ser tanto más eficaces cuanto más desarrollada esté la idea de reciprocidad en razón del perfeccionamiento del estado social, y cuanto mejor preparado esté el individuo á favor de

la mayor luz é instrucción que posea para poder comprender el fin social, la relación que le une á este fin, así como á sus semejantes, y para poder dirigir su conducta propia como es debido.

Es un hecho universalmente reconocido y demostrado por la historia, que la concepción moral, considerada particularmente en general, se perfecciona tanto más cuanto más adelantan la civilización, las luces, y el conocimiento de las leyes necesarias al bien común; también está probado que á medida que el orden público mejora, las leyes penales son menos duras. Como individuo, como ser primitivo, el hombre desconoce toda moral; sigue ciegamente las impulsiones de la pasión, del hambre, de la barbarie, que le son comunes con los animales; sus facultades morales empiezan á desarrollarse por la cohabitación con las de los otros hombres en el seno de una sociedad sometida á ciertos principios de reciprocidad y por el conocimiento de las leyes necesarias para el mantenimiento de la comunidad á que pertenece.

La conciencia innata, las leyes morales innatas, que según se pretende son los móviles determinantes de las acciones humanas, no son más que una gran superstición ó una moral propia y digna de una escuela de niños, como dijo el filósofo Schopenhauer. La conciencia se forma y desarrolla tan sólo á medida que progresa el conocimiento de los deberes que el individuo debe cumplir ó cree deber cumplir, ya sea con respecto de los poderes sobrenaturales imaginarios (dioses, héroes, etc.), ya sea con respecto á sus semejantes, á la sociedad, al Estado, etc. Pero esta creencia depende completa y absolutamente del grado de civilización, de adelanto que han llegado los pueblos y los individuos, y por consiguiente varía según los tiempos, los lugares y las circunstancias.

Moisés, el gran educador, el gran jefe del pueblo judío, no sentía el menor remordimiento de conciencia cuando mandaba degollar á tres mil de sus compatriotas, á título de sacrificio expiatorio ofrecido al Señor; sólo temía que el número no fuera suficiente; hoy este mismo acto parecería una abominación, una brutalidad monstruosa. El venerable David se apoderó de la ciudad de Rabba y habiendo hecho salir á sus habitantes mandó cortar sus miembros por medio de sierras é hizo pasar sobre ellos varios carros con ruedas de hierro; y después de haberles mandado cortar en diferentes partes por medio de cuchillos, hizo arrojar los restos en los hornos de cocer ladrillos. Así es como trató también todas las ciudades amonitas. David regresó después á Jerusalén con todo su ejército. (Los Reyes, libro II, cap. XII, vers. 31, citado por Radenhausen, *Isis*, vol. II, pág. 34). Los fenicios, los cartagineses, los persas, etc., aunque figuran entre los pueblos civilizados de la antigüedad, tampoco sentían el menor remordimiento cuando mataban vivos á sus propios hijos ó enterraban en vida á millares de inocentes.

Los Inquisidores de la edad media y los de otras épocas creyeron cumplir sin duda con su deber cuando en el espacio de once siglos condenaron á ser devorados por las llamas á unos nueve millones de brujos y mágicos, sin contar los espantosos suplicios que otros inocentes sufrieron. Los emperadores romanos creían obrar con justicia llevando á cabo las sangrientas persecuciones contra los cristianos, y éstos, después del triunfo de su doctrina, no persiguieron menos á los que no pensaban como ellos. Las guerras modernas, tan homicidas, son declaradas casi siempre por motivos fútiles y por gentes que no sienten el menor remordimiento aunque lleven á una muerte ó desgracia seguras y horribles á tantos millares de hombres. Aun hoy, estos hechos dan gloria, honor, consideración á las naciones; más tarde, serán considerados como terribles atentados contra la moral.

No puede pretenderse, pues, que la conciencia sea algo de inmutable é innato; es una cosa que cambia, que nace, es decir, una manifestación del entendimiento humano, que crece y progresa con este último. Este progreso es el que hace considerar hoy como inocentes y viles ciertos actos que en otros tiempos eran titulados de crímenes; el que hace considerar como crímenes hoy ciertas acciones y fútiles que en otros tiempos fueron lícitas. Venos, por lo tanto, que las ideas de bien y de mal ofrecen la mayor variedad, la mayor diferencia, y hasta son completamente opuestas según los tiempos y según los países, y esto fuera totalmente imposible si una conciencia innata fuese la que dictara al hombre las órdenes una vez dadas.

La conciencia es también independiente de la creencia en Dios y de las nociones religiosas en general; cambia poco ó nada según el grado de fe de cada uno; su único guía es el entendimiento ó grado de civilización de cada cual. No se tema, pues, que la conciencia pueda perecer según tal ó cual forma de creencia; este temor está destituido de todo fundamento; al contrario, vemos que la conciencia individual se perfecciona á medida que el nivel de la conciencia general de la humanidad se eleva de concierto con el de la civilización, y tanto más, cuanto más despojado está el hombre en su esencia, en el pensamiento, de toda regla puramente exterior, de todo dogma.

El hombre de hoy, aunque menos sujeto á ciertas reglas de creencia que los hombres del pasado, está mucho menos inclinado al crimen y á la violencia. La tolerancia, la compasión, el sentimiento de utilidad general, el respeto á la ley y el amor de la humanidad han aumentado con el saber, la civilización y el bienestar; pues no hay duda alguna de que la dicha, el bienestar y la civilización son las fuentes principales de la moral y de la virtud. En general, para prac-

ficar la virtud es necesario que el hombre sea dichoso; las transgresiones y los vicios van acompañados casi siempre del hambre, de la miseria, de las enfermedades ó de la ociosidad.

Si admitimos que las propiedades ó aptitudes morales son tan terrestres como las aptitudes corporales é intelectuales, es evidente que todo progreso moral de la humanidad debe estar basado en las metamorfosis, en los perfeccionamientos perpetuos bajo el punto de vista social é intelectual; y puede comprenderse por lo tanto que las faltas y los crímenes desaparecerán del mundo, tan pronto como hayan desaparecido las fuentes de ignorancia y grosería que aún vemos manar hoy con la mayor abundancia.

La moral puede definirse, pues, diciendo que es la ley del respeto mutuo fundado en la igualdad de los derechos del hombre en general y en particular, con el fin de asegurar la dicha común de la humanidad. Todo lo que turba, todo lo que mina ó socava esta dicha y este respeto, es malo; todo lo que les favorece, es bueno. El mal, según esta definición, es sólo la degeneración ó las impiedades del egoísmo privado ó particular, tanto á expensas de la dicha general como del interés de nuestros semejantes.

Todo lo que es útil á la comunidad ó á nuestros semejantes; es bien; pero si el individuo antepone impudicamente lo que es útil y ventajoso para sí á lo que es útil á todos, á la noción de la igualdad de los derechos, entonces obra contra el bien, obra mal. Los más grandes pecadores son, pues, los egoístas, es decir, los que antepone su interés propio á los intereses y á las leyes comunes y que se esfuerzan en satisfacerlo desmesuradamente en perjuicio de sus iguales en derecho. Por otra parte, el egoísmo es el móvil más poderoso y supremo de todos nuestros actos, malos ó buenos. Quitar el egoísmo de la naturaleza humana será casi imposible; sólo tratamos de dirigirlo por buen camino, de hacerlo razonable y humano, procurando satisfacerlo sin contrariar el bien de todos y el interés de la colectividad. Nada mejor, pues, para conseguir tal cosa, que las reformas sociales reclamadas por nosotros en interés del bien común. En efecto, desde que por medio de una buena organización social se haya conseguido hacer coincidir la satisfacción del yo individual con el interés general; é inversamente, cuando se consigue que el interés general se confunda con la satisfacción del yo individual, entonces cesará todo conflicto suscitado por las miras egoístas entre el interés de cada uno y el interés social, entonces se habrá vencido la causa principal del crimen y de la falta.—B.

Describiendo el paseo que el clericalismo de Málaga hizo dar al Corazón de Jesús por calles y plazas para ponerlo en más íntimo contacto con el pueblo, dijo un colega de aquella ciudad:

«Los hombres se descubrieron con respeto; las mujeres lloraban, y unos y otros unidos con el alma á la comitiva, rezaban y cantaban, y más de uno sacó del bolsillo su escarapulario y golgóse al cuello mientras pasó la procesión, confesando así que allí había un corazón católico que palpitaba al compás de los demás.»

Mala idea tiene ese periódico de los católicos malagueños, cuando se admira de que se descubrieron al paso de la procesión, rezaban, cantaban y deservían escapularios. Sin duda esperaba que se encasquetasen los pavoros, blasfemaran, y tirasen de cordón.

¡Válgame Santa Hipocresía, y qué imbéciles se van volviendo los periódicos liberales!

El mundo sólo es rígido con las faltas pequeñas y comunes; una audacia extraordinaria le pasma, un infortunio ruidoso le desarma.

Cuadro de género

Dos golpes suavemente dados por las gruesas botas del polizonte en las espaldas del muchacho, cubiertas con una chaqueta salpicada de manchas abundantes y grises de varios tamaños, dieron brusco fin á su sueño tranquilo.

La dura voz del inspector que le gritaba: «Levántate vago, y marcha lejos, donde no te vuelva á ver si no quieres ir á la prevención!» hizole ponerse rápidamente en pie y alejarse restregándose los ojos.

¡Pobre muchacho! Sin más familia que los desdichados que como él velan precisados á vivir sin albergue; sin otra comida que los desperdicios de cualquier casa ó las sobras del rancho; con el abrigo que le proporcionaban una chaqueta sucia y rota y un pantalón no menos roto; descalzo, y sin más horizonte que el cielo de Madrid cortado á trozos por las siluetas de sus innumerables edificios, tenía necesidad de dormir sobre el duro suelo de la calle sirviéndole de almohada su escuálido brazo.

El hecho ne produjo impresión dolorosa. Del cerebro de aquel muchacho pobre, desamparado, hambriento, sin hogar, con todo el aspecto exterior de un ser selvático, qué ideas brotarían? Per muy obtuso que sea, ¿lejará de percibir la sensación de lo bueno y de lo malo, cuando en informe masa vca cruzar ante su vista el lujo del potentado, la vanidad egoísta de la clase media?

Esa criatura abandonada, sin otros maestros que la desgracia y el vicio, con el corazón lleno de cariño, desdén de todos, puede ser buena? Cuando las necesidades

imperiosas de su naturaleza se lo ordenen, ¿qué le importará apoderarse de lo ajeno para acallar su hambre?

La sociedad que lo pone bajo la dependencia de la policía ¿por qué no funda Asilos y escuelas donde se recoja al infeliz desheredado, poniéndole en condiciones de ser hombre, honrado y útil? Pero la sociedad no prepara en tales pequenezas; sigue impasible su camino, se encoge de hombros y desprecia al niño desamparado; y cuando éste, impulsado por irresistibles y brutales instintos, se pone en frente de ella, lo envía á presidio ó le manda al suplicio.

Todas estas consideraciones me hice al ver alejarse al niño que la bota del inspector puso en pie.

PLACIDO ARROYO

Hay muchas gentes que tienen más miedo á la ridiculez que al crimen. Se necesita un valor casi heroico para ser virtuoso en ciertas posiciones, y más de un hombre no se ha atrevido á so-tener una buena acción contra una chanza algo viva y se ha burlado de sí mismo cuando ha cumplido un deber, para evitar que se burlen de él los demás.

UNA MALA ACCIÓN

El sacerdote de Zamora don José Chadrado innovó y construyó una máquina Wimshurst.

Llegó la noticia de los felices resultados que con ella había obtenido al jesuita Padre Martín, y se presentó en su casa con otro compañero, vió funcionar la máquina, se enteró del mecanismo, y para acabar de perfeccionarse, sostuvo una larga correspondencia epistolar con el señor Chadrado, en la que figuraron planos y modelos.

Trascurrió entonces el jesuita otra máquina igual, la pre-enta como suya en la Exposición de los efectos católicos de Madrid, y la prensa se desata en elogios, la justicia especialmente.

La conducta del loyola indigna á los zamoranos, y algunos discípulos del católico señor Chadrado acuden á los periódicos para restableciendo la verdad de los hechos, pero todos se niegan á insertar sus escritos, incluso *La Lectura Dominical* de Madrid del P. Garzón. Y entonces uno de los discípulos inserta en el *Heraldo de Zamora* un comunicado explicando minuciosamente lo ocurrido. En él queda tan mal parado como debe quedar el jesuita.

Y ahora yo pregunto: ¿Quién queda peor en este asunto, el jesuita que sorprendió la confianza del sacerdote que le abrió sus brazos, lo introdujo en su hogar y le descubrió un secreto que él se apropió villanamente, ó esos periódicos neo-, miserables y encanallados, que se negaron á servir á la verdad y á la justicia?

No me atrevo á decidir; tan asquerosos son ellos, como traidor el jesuita; tal para cuales.

Por fortuna, en la ocasión presente ha brillado la verdad á despecho de los actos inhumanos de esa chusma, y el señor Chadrado ha tenido la satisfacción de ver que todos los honrados se han puesto de su parte.

¿Qué pocas veces ocurre esto en los asuntos en que los jesuitas vejan, calumnian ó estafan al clero!

En lucha con la miseria

—Las Heilmeier no han pagado este mes tampoco el alquiler—dijo el propietario Herman á su esposa, que se arreglaba el cuello de pieles delante del espejo.

—Ha sido por tu gusto; si las hubieras despedido el mes pasado, no estaría ya aquí esa chusma. Nueve marcos es bastante poco por esa pieza.

Herman no respondió; había tomado el diario de la mañana, y leía en los últimos telegramas las noticias referentes al atentado de Vaillant. Tuvo un escalofrío al pensar que él también había estado á punto de salir elegido en las elecciones municipales. ¡Cómo! ¿Y si hubiera habido también allí un momento semejante, una bestia humana que arrojara una bomba en el salón de sesiones? ¿Alguno de los que hubiera alcanzado lo quiza á él, tres veces propietario, y tal vez le hubiera herido mortalmente?

—¿Escuchas?—exclamó en alta voz.

—¿Qué dices?—preguntó su esposa.

—¿Escuchas?—exclamó en alta voz.

—¿Escuchas?—exclamó en alta voz.

—¿Escuchas?—exclamó en alta voz.

—¿Escuchas?—exclamó en alta voz.

—¿Escuchas?—exclamó en alta voz.

que en ella no figuraban sino gentes ricas y hasta algunos nobles.—Vámos como es la vida por esos minutos,—pensó, y se echó, contento, en la cómoda silla, con los pies hacia la saliente estufa.

Dos pisos más abajo, en el subterráneo, vivían las Heilmeier en una estrecha pieza, donde un rayo de sol había penetrado en aquel miserable espacio, pues la única ventana quedaba casi inmediatamente á un alto nivel. ¿Y para qué rayos de sol? Si lo hubieran hecho más patente, la desnudez y la pobreza allí relegadas. En un rincón, sobre una mala cama, vivía la madre, enferma, con las mejillas hundidas y el cuerpo consumido. Tirándole, se tapaba con las ropas, que hacían papel de cobijas; había algunos días que no se preudía la estufa. Una mesa y un par de sillas eran el mueble restante. Ana, la hija, costó á máquina junto á la ventana. La máquina que por ésta entraba apenas le permitía ver su trabajo. Ana estaba acostumbrada; era laboriosa y hábil; pero desde que nada le salía bien, los ojos se le llenaban de lágrimas. El día anterior había estado allí el dependiente de la casa donde ella había comprado la máquina á plazos, y le había amenazado con quitarle la máquina si no pagaba las cuotas atrasadas de tres meses. ¡Pagar ella, que no tenía en su bolsillo ni el dinero suficiente para poder hacerle una buena sopa á la pobre madre!... ¡Si al menos estuviera ya listo el vestido!...—Ese era su pensamiento fijo.—Si hubiera terminado ya el vestido!...—volvía á repetir al mismo tiempo que su pie movía nerviosamente la máquina y sus dedos alzaban en los pliegues y empujaban la tela bajo la aguja. De repente se detuvo. La enferma, que se había dormido, respiraba más tranquilamente.

—¡Duerme!—dijo Ana.—Voy á ver al dueño de la casa; quizá esta vez tenga alguna composición.

La luz la dejó libre al subir la escalera. En el primer piso llamó con timidez. Abrió el dueño en persona.

—¡Ah, señorita Ana! Pase usted adelante. A ella le repugna la cordialidad de aquel hombre de cara abatida. Al entrar en la sala se puso á llorar.

—¿Y, señor! ¿Nosotras de hemos dos meses!...—No hay nada que hacer, ya vendrán tiempos mejores. Séalo usted y cuéntelos sus pesares. Ana se sorprendió de la amabilidad del propietario.

Herman llevó á la muchacha al sofá, y con la cabeza baja se dejó caer en los brazos de Ana.

—Necesito un poco de dinero, señorita Ana.

—Yo, ¿la puedo...?

—Si ya me entiende muy bien—replicó Herman, y tomó una moneda de la bolsa, se la entregó á Ana.

—Rechazó al hombre con vergüenza, quiso decir algo, pero la vergüenza le cubrió la garganta, y la pobre joven se lanzó hacia la puerta sollozando.

Cuando tímida y llorosa volvió á su cuarto, Ana encontró allí al agente del negocio á plazos y á un mozo de corbel.

—Ya sabe usted á qué me manda el patrón—le dijo el agente.

—Ana buscó con la mirada á su madre. Esta se había despertado y contemplaba el grupo como sin sentir.

—Déjenme la máquina, si quiera hasta que concluya el vestido—se animó Ana desesperada.

—Eso ya me lo dijo usted ayer. Tengo orden terminante de llevar el dinero á la máquina. Además, cuando usted vuelva á poder pagar, tendrá la máquina otra vez.

—Ana tomó al agente de la mano.

—Por favor, no haga usted eso; cómo voy á ganar nada si me quitan la máquina?

—El agente no se movió. Ya estaba acostumbrado á esas escenas.

—Vámos, tome la máquina—dijo al mozo de corbel.—Y usted tenga paciencia, señorita; pronto mejorarán las cosas.

Cuando la puerta se cerró tras de los dos hombres, Ana cayó al suelo con la cabeza escondida entre las manos. La voz de la enferma la hizo volver en sí.

—¿Nos han quitado todo, Ana?

—Todo, madre, todo.

—Ana—dijo la enferma,—no me abandones. Desde ayer no he comido nada. ¡Ana, no me dejes morir de hambre!

La muchacha se levantó de golpe; ya no lloraba; con voz tranquila contestó:

—No, madre mía, no; yo sé de una persona que me dará dinero. ¡Esperame un momento!

Y salió apresuradamente del cuarto. Se detuvo un momento con la mano apretada contra el corazón. Después subió ligeramente al primer piso y tiró de la campanilla con vivacidad.

ADOLFO SCHWEITZER

Al leer la excitación que el clero del arciprestazgo de Jaramilla hizo á sus feligreses, para que cooperen dignamente al triduo que los frailes van á celebrar en el monasterio de Yuste, y las alabanzas sin fin que prodigan á las órdenes religiosas, yo que alguna vez he lamentado que los frailes se vayan apoderando de todo en perjuicio de los obreros, siento así como descos de exclamar:

«El cura que, sabiendo que siempre fué su natural enemigo el fraile, se humilla ante él, y lo elogia y le sirve, merece que él lo arrebatelo lo poco que para vivir le va quedando, amén de humillarlo; escarnecerlo y despreciarlo.»

DIALOGO

—El maestro: Dime, ¿de dónde le vino la fortuna á tu padre?

—El niño: Del abuelo.

—El maestro: ¿Y á éste?

—El niño: Del bisabuelo.

—El maestro: ¿Y á este último?

—El niño: La robó.

GETTIE

Causas y efectos

Insistió la prensa neocatólica en atribuir á excesos del liberalismo la obscenidad literaria y gráfica, olvidando que el hombre, por naturaleza sensible y progresivo por ley de su espíritu, es también lúbrico y blasfemo por natural impulso.

Sólo la educación domina esas tendencias bajas de la bestia, sea cual sea la civilización en que aquél desarrolle su actividad.

Si es curioso conocer el estado de los salvajes respecto á pornografía instintiva, investigando si sus trabajos de ataque y defensa, si la convivencia y la vida libre les deja vagar suficientes para entretenerse en trazar figuras obscenas, imitadas de la realidad. La única diferencia que pudiera existir entre el salvaje idólatra y el hombre que se declara en posesión del culto racional y con conocimiento del Dios verdadero, es la del pudor; pues mientras que bravo no se recata, probablemente, para delinquir, el civilizado, hijo de un siglo luminoso, se cubre con la impunidad del delito en el misterio de la ejecución.

El liberalismo inmoral! ¡Qué mala fe en esta injuria calumniosa! Algo más que lápices rojos de fiscalía había en los tiempos absolutos; conocíanse entonces la adquisición y variedad de censuras eclesiásticas, y entonces también salían á luz, con base para lo material, no para lo moral del libro, obras como *La tía fingida*, *La Celestina*, otras muchas que no hay para qué citar é inmenso número de composiciones poéticas que hoy se imprimirían furtivamente.

Y por qué ese fenómeno? En la cultura, en los hábitos de un país, hay que buscar su explicación; no en una política que lucha y cuyo triunfo no se halla aún bastantemente asegurado para constituir sistema é informar el estado de nuestro pueblo, expuesto, como los demás de Europa, á los terribles peligros de una reacción destructora.

La pornografía artística y la licencia literaria son un efecto, no una causa; una escuela, no un principio que se constituye a priori. Si el libro es artístico, se representa objetivamente, cuando las costumbres lo constituyen y lo favorecen; y las costumbres, buenas ó malas, vienen de arriba, de la clase elevada, que es el elemento social promotor; de esa clase, donde abunda el dinero, que vive en holgura y posee una urbanidad de tono exquisito.

La queridá ó la entretenida, antes rara y vergonzosa, está pasando al rango de institución. La burguesía la sostiene en grande escala, y el pueblo la admite en el hogar con más latitud que antes.

Si esa mujer se distinguía, se presentaba en todas partes; hacia ella van las miradas del público; la esposa honrada la tolera á su lado, la toma por modelo en el vestir, la perdona por el lindo palmito, por la amabilidad del trato, por la elegancia de sus maneras, y sufre su acción seductora, concluyendo por juzgarla benévolamente.

La venalidad, la inmoralidad administrativa, la falta de conciencia, son correlativas de dicha institución y determinan el desmoronamiento en todos los órdenes sociales, el cual prohíja á su vez el grosero materialismo.

Cuando no se cree, pues, ni en la caballería, ni en sí mismo, cuando se agita el alma de poseer para gozar; cuando los instrumentos del placer salen del escondite donde los escondía el decoro; cuando el lujo establece un nivel aparente, no practicado por la democracia, sino establecido por la vanidad; cuando, en una palabra, de la corrupción en lo alto parten los costumbres febles; y el devaneo cunde, aportando cada uno su trazo al carnaval, su cascabel á la algarazza loca y su risa al universal desconcierto, la pornografía es kin-toma de un mal que no se combate ni con artículos pesimistas, ni con represalias políticas, ni con el recuerdo constante de la religión tradicional; impotente para moralizar con documentos espiritualmente gaceables.

Hay que destruir la serie de los vicios sociales, partiendo de la raíz; alanzarla en las clases elevadas, para que desde ellas desciendan luego al ejemplo, la moral, la dignidad; como corrientes frescas y vivificadoras que de la montaña van al valle con el ruido benéfico de las cascadas.

F. MOJA Y BOLIVAR

El Cardenal Retz dijo, y con mucha razón, que en política es más peligroso decir tonterías que hacerlas.

Una distracción

Procedente de Madrid y de la casa Urdinjo y compañía vino un cheque en la cantidad de para don Francisco Astrain, vecino de Tiflis, propietario y comerciante en granos, más en lugar de por Tiflis, pusieron Pamplona.

Existe en esta capital un sacerdote del mismo nombre y apellido, y el error lo llevó al referido certificado en el que iba el cheque, cuyo valor ascendía á seis mil pesetas próximamente.

El cura, ni tendo ni perrezo, y como si aquella cantidad le hubiera bajado del cielo, sin darse ni más se fue al Banco é hizo efectivo el cheque, guardándose el dinero.

Tardó el señor Astrain de Tiflis y extrañado de que no llegara á sus manos el certificado con el cheque, le dio ya tanta molestia se le había remitido, vino á Pamplona, y se presentó en el Banco; y al salir fué su sorpresa al saber que un sacerdote llamado también don Francisco Astrain, había hecho efectiva la cantidad referida de seis mil pesetas.

Presentándose en casa de este señor para que devolviera la cantidad que así se le tenía en relación alguna comercial con la casa Urdinjo, había prohibido en el Banco, y se negó á recibir á nadie, y menos á sacar los cheques. Sólo cuando se le dijo que el Banco variaba con los titulares de los cheques, se decidió á devolver el dinero.

Y para que se vea lo que son ciertos ministros del Señor; aún tuvo valor para reclamar por las

inconvenientes que había sufrido al ir á cobrar cheque, una comisión ó gratificación.

A nosotros, rechazando el dinero que se nos ofrecía por callar, y á los que tanto de conciencia no rean en guardárselo proceda de donde proceda, el público juzgará; y es seguro que al dictar su voto dirá que nosotros, sin frecuentar los actos religiosos, estamos más cerca de Dios que ellos que lo manejan diariamente.

Conciencia, conciencia es lo que se necesita tener.

Esto, que constituye una verdadera inmoralidad, pertenece al culto si *El Porvenir Navarro* no existiera; de ahí el empeño que las malas curas y los fariseos é hipócritas de todas clases ponen para que nuestro semanario no salga.

EL PORVENIR NAVARRO

Se ha presentado en uno de los juzgados de Murcia una mujer con un niño en brazos, diciendo que lo llevaba para que se lo bautizaran, pues á San Juan Bautista se le había acabado la sal y ella quería que salaran bien á la criatura, que era de ella... y de Dios.

CONFLICTO ILUSORIO

Recogiendo las observaciones y razonamientos que el tema de las relaciones entre la religión y la moralidad de los pueblos sugiere, ha emitido el renombrado hombre de ciencia, Enrique Ferri, este juicio:

Para él, la dirección de las ideas en sentido contrario á la ciencia, no significa otra cosa que una campaña de sugestión colectiva, teórica tan sólo en apariencia, pues en realidad su objeto práctico consiste en procurar que la religión ocupe un puesto privilegiado, que el siglo XIX, favorecido por la burguesía revolucionaria, le arrebató después de terribles luchas.

El objeto secreto, aunque perceptible, de esta campaña anticientífica, depende, sobre todo, de la ilusión sugerida por el artificio político y social contemporáneo; que permite creer en la posibilidad del restablecimiento por real orden de la fe religiosa que profesan las clases directivas con el propósito de que sirva de narcótico á las clases dirigidas, las cuales, habiendo perdido la esperanza del paraíso celeste, procuran, naturalmente, encontrar en el mundo un poco de paraíso terreno.

El argumento que, bajo formas diferentes, se emplea con tal objeto, consiste en atribuir una influencia decisiva á las creencias religiosas sobre la moralidad del individuo, y por consiguiente, de las colectividades.

Suele entenderse por moralidad de un pueblo su resignación ante los dictados de conciencia seculares, y no el mayor grado de desarrollo del espíritu de dignidad y de igualdad humana entre los hombres. Pero prescindiendo de esto, preferible es discutir el problema en los mismos términos en que ha sido planteado.

Es evidente, en primer término, que si la religión tiene en realidad dicha fuerza moral, deberíamos encontrar un ateísmo unánime entre los criminales, al par que sentimientos religiosos desenvueltos y constantes entre los hombres de bien. Pero el caso es que los hechos de la vida común desmienten este pretendido enlace indisoluble entre la religión y la moralidad, puesto que el principio de causalidad natural exige que exista entre la causa y el efecto una relación de sucesión constante; y si las creencias religiosas van acompañadas muchas veces de una conducta inmoral, esto significa que no existe entre ambos términos una relación real de causalidad determinante.

Suele decirse que el número de delitos ha aumentado con los progresos de la civilización; pero, aunque así fuese, siempre nos encontraríamos en la religión sin suficiente fuerza repulsiva de inmoralidad, puesto que las prisiones se encuentran muy lejos de ser los seminarios de irreligiosos y de ateos, como sin duda habrá de ser, dado el caso de la exactitud del principio que se invoca.

Peró las pruebas de sentimientos religiosos en los criminales son infinitas. Desde el sacerdote Delacollonge que, al asesinar á su querida, aprovechó el último momento de vida de su víctima para absolverla en artículo de muerte, hasta las gavillas de ladrones que en Italia se han apoderado del cura para que bendiga los ánimos y las armas del oficio, en la escala criminal hay toda clase de ejemplares religiosos, confirmando el aserto de que en la sociología de los criminales la fe suele presentar formas bárbaras muy adecuadas para la ejecución de los delitos.

Así lo demuestra la observación de los hechos en todos los casos. Si los criminales rurales son más religiosos que los criminales urbanos; no son por eso menos criminales.

El sentimiento religioso ha seguido siempre muy de cerca á la evolución del sentido moral, adaptándose á las diferentes condiciones de la existencia social; de suerte que, si en las islas salvajes la moral y la religión santificaban el infanticidio, allí donde las subsistencias eran abundantes prohibían la ejecución de ese mismo delito.

Peró sea lo que quiera del origen del sentimiento religioso, lo cierto es que la religión, en cuanto sentimiento íntimo y personal, se ha limitado á agregar los destinos de una vida futura á las funciones humanas del sentido moral.

Por lo común se advierte el error tradicional de creer que la moralidad de los hombres debe ser juzgada según las ideas ó opiniones científicas y políticas de una parte, y de otra según sus creencias religiosas. La verdad es que las opiniones y las creencias no tienen relación directa y decisiva con la conducta social del individuo, pues aparte de casos excepcionales bien clasificados, hay hombres honrados y malhechores entre los sabios, de igual manera que entre los ignorantes, y lo mismo en los partidos conser-

vadores que en las revoluciones; y es que una de las inducciones fundamentales de la psicología positiva, cabalmente consiste en que el hombre obra, no según como *piensa*, sino según como *siente*.

Por eso decía muy bien Royer Collard, que los hombres no son jamás ni tan buenos ni tan malos como sus ideas; y por eso también escribió Bayle, que lo que determina al hombre a obrar no son las opiniones de la inteligencia, sino las pasiones del corazón, y por consiguiente el temperamento, las costumbres y alguna otra disposición que se deriva del fondo mismo de la naturaleza. El es, agrega Ferri, el que rigiere verdaderamente la conducta social del individuo, y en él consiste también lo que se llama justamente sentido moral o social, al cual agrega el sentimiento religioso—y en esto está la esencia del problema—muy poca fuerza, si el sentido moral existe, no pudiéndolo sustituir si por degeneración, condición patológica o desorden transitorio de la conciencia ha desaparecido.

De eso depende que los hombres honrados, cuya honradez se deriva en primer término de la normalidad de su sentido moral, al advertir que el sentimiento religioso agrega una sanción nueva a las funciones de su conciencia moral, padecen la ilusión de creer que la moralidad está determinada por el sentimiento religioso y no por la conciencia moral o social. De esta ilusión se deduce la inmediata, ó sea la que consiste en suponer que cuando el objeto moral falta, puede ser sustituido en la dinámica de la actividad humana por el sentimiento religioso.

Aunque la religión sea útil para afirmar la moralidad de los hombres morales, no tiene el poder de conseguir que lo sean quienes por una condición anormal están desprovistos de la única fuerza determinante y directriz de la actividad humana, ó sea de la energía derivada del objeto moral.

Tan cierto es esto, que el mismo concepto que de Dios forman los creyentes, varía según el temperamento y el carácter á que tiene que adaptarse. El hombre pacífico y bueno adora un Dios de amor y perdón, mientras el inmoral y violento adora un Dios cruel y vengador. De igual manera, y por idéntica razón, el carácter de los pueblos se refleja en sus creencias religiosas.

A todo lo dicho agrega Ferri, para terminar su estudio, que si la psicología criminal no confirma la ilusión espontánea de la psicología común respecto de la fuerza de la religión en la moralidad humana, todo conflicto entre la religión y la ciencia carece de fundamento positivo.

En las plazas de toros se escandaliza, se injuria, se blasfema, se vierte sangre, mueren los hombres, y á pesar de esto, el clero católico, apostólico, romano ha bendecido la nueva y magnífica recientemente inaugurada en Barcelona.

Nada de eso se hace en la redacción de El Motín y sospecho que no vendría ningún cura ni fraile á bendecirla, aunque yo se lo pudiese.

Y eso que la necesidad de que la bendigan no puede estar más patente.

¡Siempre las pécas desigualdades sociales!

Cómo se come aquí

Madrid es una de las poblaciones donde peor se come.

A despecho de las autoridades, que algunas veces persiguen con relativo celo los fraudes, las mixtificaciones y las adulteraciones de los artículos de comer y beber, adulteraciones, mixtificaciones y fraudes que existen constantemente en este pueblo grande, los honrados tenderos (los que tal hacen) siguen envenenando al público y defraudándole en todo lo que compra.

Estos honrados tenderos son los primeros en quejarse de los gravámenes de la contribución, de la elevación de los cambios, de los derechos de Aduanas, y son también los primeros en aprovecharse de la penuria de las clases menos acomodadas, que compran al fiado en sus tiendas.

Se aprovechan de esos desgraciados por todos conceptos. Les venden los peores y más rancios artículos que tienen y al precio más elevado posible, cobrándoles así un interés crecido. Y por si esto fuera poco, les defraudan en el peso.

Todos los periódicos, y la opinión con ellos, se exaltan y hasta llegan á incurrir en alguna exageración cuando tocan á la cuestión del pan. Ninguno, hasta ahora, ha hecho que la atención de las autoridades y de la opinión recaiga preferentemente en esos establecimientos mal llamados de comestibles. Y cuenta que en esas tiendas de comestibles, ultramarinos ó coloniales, nombres éstos tan disparatados como el primero, se vende de todo cuanto puede necesitar el consumidor.

Conservan en esto la tradición de las antiguas lonjas (aún hay algunas), donde se expendía desde alpargatas hasta pañuelos, sacos, fajas, telas, escobas, legumbres, embutidos, petróleo, conservas, bacalao, etcétera, etc.

En las tiendas esas se vende pan, alcohol, petróleo, jamón, aguardiente, vino, especias, caramelos, jabón, y otros comestibles.

¡Pagan la contribución que deben satisfacer! Seguramente que no. ¡Se les imponen todas las multas que se les debían imponer! ¡Se les deducen ante los Tribunales la culpabilidad debida por exponer artículos nocivos para la salud! Menos todavía.

El azúcar que tienen mezclada con sal y harina de infima clase en la cueva, sigue vendiéndose.

El bacalao negro y apollado continúa despachándose á los más directamente explotados por esos Monopodios de mandil y manguitos, á los jornaleros y á los pobres

de la clase media que, como aquéllos, ó más, tienen que recurrir al fiado.

Sigue ocupando en sus mesas el lugar de la mauteca, la mezcla de grasa y sebo.

Siguen dando *sustancia* al cocido tradicional las puntas de jamón corroidas y podridas por la humedad, la suciedad y el tiempo.

Y siguen, en total, vendiendo las legumbres secas que hasta el ganado desdenaría, el aceite, el vino y el aguardiente adulterados, el pan frito, malo y de fábrica anónima. Y todo así.

Quando se piensa que durante un año han estado envenenadores y ladrones dándoseles de regeneradores de España, entrando en ganancia de emparedados en sus asquerosos laboratorios, condenándolos á alimentarse de los géneros que expendían, única manera segura de librarnos de ellos.

HAZ BIEN...

SONETO

Tengo buen corazón, no cabe duda; he alzado á un infeliz del duro suelo, y su llanto enjugué con mi pañuelo, dando á sus males cariñosos ayuda.

Que es ciego, dice, y que su esposa es muda; terrible debe ser su desconsuelo; ¡y hay en la sociedad almas de hielo que no se duelen de su pena aguda!

Yo sí que, al sostenerle entre mis brazos, casi me hizo llorar como un chiquillo con sus frases de amor y sus abrazos.

Mas, ¿qué es esto que siento en el bolsillo? La cadena partida de dos pedazos...

¡Ya me ha dejado sin reloj el pillol!

MANUEL DEL PALACIO

UN CASO ENTRE MIL

«En nuestro afán de desenmascarar y decir la verdad, dice un periódico de Salamanca, no podemos menos de hacer público hoy que existe una fundación para concesión de becas en número de 72, y actualmente, y según nuestros informes, desde hace muchos años, no se proveen más que 40.

¿Dónde están los fondos de las restantes? ¿En que se invierten? ¿Quién maneja la administración de esas becas?

A las dos primeras preguntas no podemos nosotros dar contestación categórica, pero sí á la tercera. El administrador de aquella fundación es el obispo de Salamanca.

Ahora que Su Excelencia conteste á las dos primeras preguntas; y si no el público, juez imparcial, dictará mejor la sentencia, aunque quede incumplida.

Según nuestras noticias, tampoco se cumpen las disposiciones del sacerdote fundador, porque los fondos que devenguen las fincas que dejó, son para sostener un Colegio donde se alberguen 62 estudiantes pobres, los cuales vestirían el uniforme que los patronos de la fundación dispusieran.

¿Es esto obrar con justicia? No.»

¡Pero conseguiremos que se haga! Tampoco.

La toga no quiere hoy indisponerse con el manto ni con el sayal.

Durante el mes de Junio se recaudó en los cepillos establecidos en Bilbao para la obra del Pan de los Pobres la cantidad de 5.118.64 pesetas, que fué distribuida entre varias comunidades religiosas y algunos pobres de la localidad.

SECCIÓN AMENA

LA CALVICIE DEL DIABLO

(PENSAMIENTO DE CATULLE MENDES)

Por asuntos particulares que á vosotros maldito si os importan, ¡oh lectores amables!, hebre yo de ir hace ya algún tiempo á una población de cuyo nombre y de cuyas fétidas emanaciones no quisiera acordarme, y al entrar una mañana en la única peluquería disponible, me llamó la atención un gran cartel que había sobre la puerta, y en el cual se leía muy á duras penas, pues las letras parecían haber empinado el culo más de lo regular de puro torcidas y mal dispuestas:

La peluca de Satanás

Pregunté al dueño del establecimiento, mientras me desahonaba, el origen de tan extraño y zumbón título, y él, por toda contestación, me dijo entre admirado y despreciativo:

—Pero ¿ignora usted que el diablo es calvo?

—No tenía la menor noticia—repliqué.

—Pues es una cosa pública y notoria... ¿Entonces tampoco conocerá usted la razón de ser calvo el rey de los infiernos?

—Tampoco me han contado la historia de ese celeberrimo proceso, según usted...

—Pues yo se la contaré... otro día.

Volví á los tres ó cuatro, que era lo que se trataba de demostrar principalmente, y el Figaro rústico amenizó la desolladura con el siguiente relato, que transmito á ustedes tal y como él me lo contó.

La cabellera de Luzbel, formada con la última estrella del Sur y la última del Norte, unidas ambas por la brillante cola de un cometa, era, antes de rebelarse aquí contra Dios, de un rubio perlino, que no ha tenido ni tendrá segundo, pese á las mujeres y á los inventores de tintes...

Al sufrir el ángel malo su tremenda caída, las tinieblas sentaron sus reales en la hermosa cabeza, y el oro convirtióse en ébano; pero lo que Dios creyó un ejemplar castigo, no resultó tal, pues no se ciertamente que era más bello, si el río de fuego de antes, ó la cascada de negruras de después.

Además, lo espeso y tupido de la cabellera fué un nuevo motivo de pesar para el Señor, pues era aquélla tan extremadamente grande, que lanzada al espacio cubría por completo, como un inmenso

toldo negro, mares y tierra, impidiendo al Creador contemplar su obra; ¡y debe ser tan triste haber hecho las flores y no verlas!...

Y bien pudiera ser que influyeran no poco los celos en la tristeza divina, pues to los sus retratos nos los representan con gran barba, pero con poco pelo... Nada más fácil, sin embargo, que abrasar los cabellos del diablo con un rayo; pero este medio lo había ya empleado para la frente, y con un escúpulo propio de honrado autor dramático, no se atrevía á emplear el mismo recurso.

Y así hubiera estado mucho tiempo, apesado y perplejo, si no acertara á pasar por delante del celestial trono un querube, revoltoso y juguetón, que más de una vez había servido de modelo á Rubens en sueños, el cual dijo dirigiéndose al Eterno:

—Señor, increíble parece que V. D. M. se preocupe por tan poca cosa. ¿Qué se diría si al carro de César le volcara un grano de arena? Ordenad que por cava muerte que se cometa en la tierra pierda Lucifer un cabello, y veréis cuán pronto su cabeza se queda como la palma de la mano...

—¿Cómo!—exclamó Dios con amargura.—¿Tanto empeño pone en aniquilarse lo más grande que yo creé?...

—Así conservan los hombres el más inapreciable tesoro de la vida?... No lo creo... Pero en fin, sea... Ensayemos ese medio... Y añadió:—Que pierda Lucifer un cabello á cada muerte que se cometa en la tierra.

El crimen empezó á hacer estragos en la cabeza del diablo. Cada floretezo, cada disparo de fusil ó de revólver, cada estrangulamiento, era una hebra que se desprendía. Las batallas y los atentados anarquistas le arrancaban mechones enteros.

Pero era tan espesa la diabla cabellera que, después de mucho tiempo, apenas si hubo en ella algunos ligerísimos claros por donde el Creador pudiese ver los almeninos y las lilas en flor sirviendo de adorable nido á los mortales, á quienes la primavera hacía sentir su vivificante influjo...

Enterado San Dimas de la preocupación del Supremo Hacedor, pidió con gran premura una audiencia, y cuando ante El estuvo, dijo:

—Señor, el remedio que os propuso aquel rapaz sin terrena experiencia no dió resultado satisfactorio, como no podía menos de suceder... El único modo de descabellar á Satanás consiste en mandar que pierda un pelo por cada robo que se cometa en la tierra...

Una indefinible sonrisa iluminó los divinos labios.

—Ay Dimas!—dijo—al fin y al cabo has sido tú ladrón, y como tal, crees que todos han de ser de tu condición misma... ¿Y cómo ha de ser así, y para qué quieren los hombres robar habiéndoles ya dado el aire, la luz y las mujeres? Sin embargo, para que no digas que te desairo, sea... ¡Que pierda Luzbel sendos cabellos por los robos cometidos en el mundo!...

Un coro de serafines fué la señal de que la voluntad del que todo lo puede empezaba á ser cumplida...

¡Aquél sí que fué saqueo!...

Que un golfo robaba un pañuelo ó vendía un billete falso de la lotería; que un ministro hacía mangas y capirotes de la Hacienda nacional; que un cajero huía con la caja á cuestras sin que diera por ello la menor señal de cansancio, pues no se volvía á tener de él noticia alguna; que Hernán Cortés se apoderaba de México ó Tito San escamoteaba las colonias de una nación pobre y desvalida; que un tutor convertía en polvo, cenizas, humo, nada, la sanada renta del menor, presentando luego las cuentas del *Grandísimo* Capitán; que un revistero de teatros ó de toros *uforaba* unos cuantos duros por decir que canta como un ángel una tipa, que ni canta ni es ángel precisamente, ó de un muleta que promete dejar tamaniños á Cúchares y al Guerra...; todo esto eran un cabello, y otro, y otro más arrancado á la infernal tela... Las jugadas de Bolsa eran calamitosas de veras...

Pero la milagrosa cabellera parecía haber nacido á impulsos del aceite de bellotas, y permanecía intacta ó poco menos, pues sólo la surcaba alguna que otra línea, que era para ella lo que los ríos para el globo que ocultaba.

Entonces el Espíritu Santo, viendo la tribulación de su próximo pariente, le dijo:

—Primero, hay que tomar una gran resolución... Ordena que los cabellos perdidos se cuenten por las tonterías salidas de humanos labios...

—¿Cómo se entiende!—exclamó algo amoscado Dios.—me estás faltando al respeto, primero... ¿Acaso te figuras que los que hice á mi imagen y semejanza, aquellos seres cuya alma ha nacido de mi aliento, son in béciles rematados?... Pero, á pesar de todo, le daré gusto... Y dió la orden.

¡Oh, pobre Balcebu!... y pobre cabeza la suya! ¡Parecía un campo de trigo arrasado por furiosos vendavales!...

Retruécanos, piecitas insulsas y por ende plagadas, revistas de salones, artículos de fondo en los periódicos de gran circulación, discursos de sabios hombres, sermones de Semana Santa... y de cualquiera otra semana del año, etc., etcétera, se cernieron sobre ella como una plaga incontestable y devastadora...

Cada estreno, cada sesión del Congreso ó del Senado, cada *five ó clock* de la duquesa de Tal ó la marquesa de Cual, eran miles, qué digo miles, millones de bajas en la hermosa cabellera... pero ella persistía siempre invencible, triunfadora, siempre tupida á pesar del gigantesco esfuerzo de la tontería humana... En los cárdenos labios de Satanás dibujábase ya una sonrisa de satisfacción y triunfo...

Entonces presentóse ante el Eterno San Francisco de Bujía, pretendiendo conocer la receta infalible para pelar al demonio.

—Señor, para los grandes males están los grandes remedios—dijo el exduque de Gandia,—los remedios heroicos... No queda más que uno para abatir esa infernal cortina que os priva de la más legítima de las satisfacciones... Que pierda el demonio un pelo por cada beso adulterino que se dé en Madrid.

En los labios del Creador volvió á dibujarse la sonrisa que se dibujara en ellos cuando Dimas propuso el remedio de los robos... Mas, recordándose al punto, dijo:

—Verdaderamente, Francisco, eso es ir ya demasiado lejos... ¡Tan mala opinión tienes de la mujer que yo creé bella y honrada, y particularmente de la madre!... que es lo mejor entre lo bueno, que es mujer como es flor la rosa?... Las esposas del pueblo de Eldro se consideran felices con besar á sus esposos y á sus hijos y no tienen necesidad de irse por picos pardos... Son amantes y acariciadoras, pero su ternura no está en pugna con sus virtudes.

—Ensayad, sin embargo, lo que os propongo—insistió Bujía.

—Sea, para hacerte comprender tu error y tu bellaquería—dijo el Señor; y añadió en voz alta y armoniosa cual nada lo es:—Que pierda Lucifer uno de sus cabellos por cada beso adulterino...

No tuvo tiempo ni necesidad de acabar la frase...

La cabeza del diablo se había convertido en una bola de billar.

SINIBALDO G. GUTIÉRREZ

Igualdad ante la ley

Un periódico monárquico de Tortosa, *Los Debates*, pide que se suprima y desaparezca la Casa provincial de Beneficencia de aquella ciudad, ya que «debiendo ser un asilo de la caridad, es hoy un padrón de ignominia, un antro donde los niños mueren de hambre.»

«Dos nodrizas, añade, mal pagadas y peor alimentadas, durante lo que va de mes han amamantado á la vez á nueve infelices años. Como es natural y lógico, de las nueve desgraciadas criaturas en pocos días han fallecido siete, y las dos restantes, si es que viven á estas horas, están en tal estado de debilidad y postración, que sin un pronto y enérgico cambio de alimentación seguirán en breve la desdichada suerte de sus hermanos en infortunio.

«No es eso un crimen monstruoso y horrendo?»

«Señor gobernador civil; señor presidente de la Diputación; señor juez de instrucción; ni la justicia ni la humanidad pueden consentir que continúe esa horrorosa mortalidad; ciérrese el asilo, que las madres que á él llevan á sus hijos para ocultar su deshonra preferirán cien veces perder su honra antes que entregar el fruto de sus entrañas á las torturas del hambre oficial y á la muerte.»

No ha llegado á mi noticia que el obispo de Tortosa, que habita un palacio y cobra un gran sueldo, al leer esos párrafos del colega católico y monárquico, haya costado un ama para cada niño.

Y ahora una duda, que se le ha ocurrido también á otro periódico:

Si las madres de esos niños los hubieran matado al nacer, ¿no estarían en presidio? Indudablemente sí.

¿Pues por qué no se lleva á él á quienes, pudiendo evitar la muerte de esos niños, consienten los horrores de que habla *Los Debates*?

Igualdad ante la ley.

El mundo siempre ha sido de los audaces. Los grandes atrevimientos que señala la historia lo confirman.

Si César hubiere retrocedido ante el Rubicón, si Mirabeau hubiera tenido un momento de vacilación y duda ante las amenazas de la corte, ó si Napoleón flaqueara el 18 de Brumario, esas tres figuras colosales no serían una enseñanza para los pueblos, porque no existirían.

CARIÑO ETERNO

¡Pobre vieja! Me llamaba su niño. Yo tendría seis años; estaba en la edad de las alegrías infantiles que tan pronto se van y no vuelven. No seguro si había nacido en mi casa; solamente recuerdo que me estructuraba entre sus brazos secos, y que siempre me tuvo un cariño muy sincero.

Quando yo salía de la escuela siempre iba á verla. Mientras ella, en la silla de nogal, á la puerta de la casa, con su traje negro y sus cabellos blancos, hilaba los copos de lino con una actividad incansable, yo revolvía por el patio, husmeando con curiosidad inocente entre aquellos tiestos de albacaca que llenaban de perfumes el aire, cortaba las grietas de la pared ó me entretenía en azuzar al gato, que dormitaba sobre las cenizas del apagado hogar en la pobre cocina sin techo.

Los primeros frutos de la higuera que abría en el huertecillo sus brazos escuálidos eran para mí; yo sólo los saboreaba; y ella me miraba regocijada comerlos con delección, como si fuese mi madre. Y cuando la vid que sombreaba la entrada de la casa dejaba colgar los frescos racimos, y la uva se doraba, como la miel al sol, yo los degustaba como pájaro hambriento. ¡Con qué alegría me miraba corretear entre las plantas, niño inquieto, como una mariposa euamoralada!

...Algunas veces creí verla llorar. Sin duda pensaba ya que algún día sería hombre; la travesura infantil se convertiría en seriedad hinchada; mi cariño hacia ella desaparecería con las primeras aventuras amorosas de la juventud; otras mujeres y otros afectos le robarían el mío, y ella, la pobre vieja, ya no podría llamarme su niño.

Algunos años después, cuando fui más grande, me alejé del pueblo. La tarde antes de la marcha fui á despedirme de la pobre vieja. Estaba, como siempre, con el vestido negro y los cabellos blancos, hilando á la puerta, bajo el parral ya seco.

No sé lo que dije, ni qué hablamos. Sé que lloró mucho; que al traspasar yo la portada del ancho patio, volví la vista atrás para despedirme de todo aquello, cuna y nido de mi niñez, y vi la higuera amarillenta, rígida, como si también me despidiera, las madreselvas sin flores, la cocina sin techo, el gato roncando sobre las frías cenizas, y la vieja, la infeliz mujer, restregándose los ojos, donde las lágrimas se agolpaban.

La vi, y me llené de tristeza. Ella se quedaba sola, pensando quizá que volverían las flores y en los tiestos se secarían; que las uvas habrían de pudrirse en los pámpanos sin que nadie las hurtara, y que ella, vieja, enferma, huérfana en el mundo, no había de volverme á ver. Y allí la dejé, sentada en la silla de nogal, hilando, quizá esperando mi retorno, tal vez aguardando á la muerte.

Regresé. Ya era hombre. Mis sentimientos habían cambiado, y sobre el labio sombrea el bozo. Era domingo, y á la puerta de la iglesia esperábamos ver salir un tropel de la misa de alba, al rayar la mañana fresca, con reflejos suaves de una luz indudable, las muchachas, relampagueándolas los ojos negros bajo los pliegues airoso de la clásica mantilla.

Y allí cerca una mendiga extendía su mano flaca implorando una limosna. Noté que me miraba, mas al fijar mis ojos en ella volvió el rostro como huyendo de mi mirada... Terminó el desfile de mujeres. Bromeando volvíamos los muchachos, y al pasar junto á la mendiga, por más que envolví precipitadamente el rostro bajo el mugriento pañolón, reconocí al punto. Era la pobre vieja; en aquel momento más que eso: mi niñez, mis alegrías, cuanto había amado. Abrí mis brazos y la abracé estrechamente. Oí entonces sollozos roncicos, creo que mis ojos se humedecieron, y hasta débilmente, como un grito de agonía abogado, á mis oídos llegó aquella voz dulcísima de la infancia: ¡Mi niño!

ANGEL GUERRA

He recibido por la estafeta del Congreso una carta firmada por varios penados de Chafarinas, acompañando el dibujo del horrible asesinato que se relata y que se dice cometido en aquel P-nal. Para publicarla, necesito que me la confirmen directamente, por extrajudicial el confuto por donde la he recibido, y vestir los hechos grave suma.

Rarezas piadosas

Tiene un cura casa de huéspedes en Sevilla y dice esto en el membrete del anuncio:

«Antiguo palacio de los abades, conocido por la Casa pensión de... Filano, presbitero... Fundada el 1.º de Enero de 1843 bajo la protección de los Sagrados Corazones y San Ignacio de Loyola.

No se reciben más que personas conocidas ó de la mejor recomendación.

Su fin principal es la gloria de Dios y el bien del prójimo.»

Entonces debe comerse allí perfectamente. Para hacer bien al prójimo, nada mejor que proporcionarle buenas digestiones; y como barriga llena á Dios alaba, y el fin principal de aquella casa es la gloria de Dios, debe servirse á los huéspedes alimentos sanos, de esos que favorecen las funciones del estómago. Pues si se los dieran de mala calidad, de los que producen á menudo indigestiones y tracumandanas en el hígado, en vez de alabar á Dios, sería cosa de taparse los oídos para no escuchar blasfemias del tamaño de un canónigo.

Lo que no se me alcanza es la clase de protección que pueden dar los Sagrados Corazones al San Ignacio á una casa de huéspedes, donde se cobra semanalmente y se planta en la calle al fiel cristiano que no le cicatriza la semana.

Pero, en fin, como yo, aunque vaya á Sevilla no he de ir á esa casa, no debo persistir en estas piadosas digresiones.

NUEVA EDICIÓN

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

M. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de El Motín, 15.

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

IOJO AL CRISTO

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores á El Motín, 50 céntimos.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á El Motín

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo. LOS REYES CON MOTIV. por El Motín. Con láminas. LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Streissmayer. JUANA LA PARISI, por Julio Fernández Mateo. LA MUJER Y LA IGLESIA, por id.

MONJA SECRETA, ó INSTRUCCIONES RESUMIDAS DE LOS SEÑALES. LA VISTA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.

¡CÓMO ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? DISCURSO pronunciado por un obispo en el círculo «Luz» de Leiza. CARTAS DE TAYLLERANO al obispo de Clermont y al abate Maury.

CARTA DE TAYLLERANO al Papa Pío VII. POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por El Motín.

LA MENDICIDAD Y LA IGLESIA, por Laurent. MÍSTICAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras. MÁXIMAS MORALIZADORAS de los Jesuitas, ídem, ídem. CARTA A EUGENIA, por Frère.

Ó CATECISMO DE DEMOCRACIA, por F. Laurent. LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PRUEBAS DE ZAPATA, dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en la hoguera en 1631.

CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CRISTO, por don Nicolás Díaz Pérez.

MADRID—IMPRENTA,